

BOLA DE PARTIDO

Hoy me levanto muy optimista, demasiado, así que he decidido hundirme de nuevo en la caverna hogar de mi saco de dormir, y esperar hasta que se me pase. Soy así y no puedo evitarlo, soy un óptimo pesimista y un pésimo optimista.

Como tampoco consigo conciliar el sueño, me he puesto a leer "Mi amigo Invisible" de Guillermo Fesser y en lugar de abrir el libro, me he quedado embobado con el título de tres palabras. Me ha hecho recordar mi infancia y a mi propio amigo invisible.

Por la diferencia de edad con mis hermanos, (yo era el menor, el despiste, el inesperado), mi amigo invisible solo tenía dos años más que yo. Era genial jugar con él al parchís y convertir las fichas en ciclistas coloreados. No he olvidado los buenos consejos que me daba, ni tampoco los vicios que me enseñó. Pasábamos horas en el salón de casa, jugando con los soldaditos de plástico del sobre de diez pesetas. Nos confesábamos todo, desde mi enamoramiento hacía María José hasta mi odio por Luis Alberto.

Fuimos creciendo a la par y, aunque teníamos nuestras riñas, yo sabía que nos necesitábamos mutuamente. Tantas experiencias juntos y nunca le pude poner rostro.

Yo nací en el setenta, y él en el sesenta y ocho.

Era mi hermano Francisco y nació muerto.

Ahora ya, de adulto, me gusta imaginar que sigue vivo, y que un día volverá para ayudarme a salvar la bola de partido.